

No por eso quiso llamar á D. Paco ni ir á verle en seguida, turbando el reposo de que sin duda había menester; pero no creyó en el duelo ó pendencia que D. Policarpo había supuesto y contado.

D. Andrés, aunque muy estimulado por la curiosidad, se armó de paciencia y de calma y aguardó dos ó tres horas antes de dar un paso para descubrir lo cierto.

Bien sabía él que el mayor amigo y confidente de D. Paco era el maestro de escuela, y á eso de las ocho, cuando ya la escuela había empezado y D. Pascual debía de estar en ella, D. Andrés le envió á llamar á su casa.

El mozo que llevó el recado volvió diciendo que D. Pascual había salido al rayar el alba, que no había vuelto aún, que los niños estaban dando lección con el ayudante, y que no bien volviese D. Pascual y supiese que D. Andrés le llamaba, iría á verle al punto.



## XXXIII

**D**ON Paco, después de vagar en la soledad por espacio de dos días y después de tantas penas, emociones y lances, anheló para desahogo confiarse por completo con alguien. ¿Y con quién mejor que con el maestro de escuela, hombre de bien, sigiloso y tan excelente y desinteresado amigo, primero de Juanita y de él más tarde?

La mujer del alguacil fué, pues, á llamar á don Pascual de parte de D. Paco.

D. Pascual vino y D. Paco se lo contó todo. No le dió ninguna comisión ni embajada para Juanita; pero D. Pascual, por una benévola usurpación de atribuciones y de empleo, se declaró él mismo y se nombró embajador, se fué á ver á Juanita que, desvelada y triste, se acababa de levantar, y le refirió con fidelidad minuciosa los furoros y penas de D. Paco, sus celos, su desesperación, sus propósitos de suicidio ó de extrañamiento perpetuo, y por último el combate de la casilla, el delito de Antoñuelo, los golpes que



éste había recibido y su vuelta y la de D. Paco á Villalegre.

Contó también que el tendero murciano, y su mujer con más impaciente furia, no se conformaban con callarse sin delatar á Antoñuelo y sin enviarle á presidio, si no se les devolvían en el término de tres días los ocho mil reales que no habían recobrado y que el cómplice de Antoñuelo se había llevado consigo.

Según informes adquiridos y comunicados por D. Paco, Antoñuelo por nada del mundo diría el nombre y la condición del forastero que había cometido con él el delito. Por otra parte, aunque Antoñuelo le delatase, de nada valdría esto para recobrar los ocho mil reales por medio de la justicia, sin envolver en el proceso al hijo del herrador y condenarle y perderle.

El afecto profundo y extraño, como de madre ó como de hermana, que Juanita había sentido por Antoñuelo toda su vida, renació entonces con vehemencia en su corazón, olvidándose de los groseros agravios con que la había ofendido aquel mozo.

Juanita se propuso salvarle, lograr que se echase tierra al asunto, y evitar su deshonra y su ida á presidio, aunque para ello fuese menester buscar los ocho mil reales en el mismo infierno.

A esta penible agitación de Juanita se contraponía en su alma otra agitación dulcísima, otro sentir, en vez de penible, delicioso y beatificante, que aumentaba y enardecía su amor al saberle tan bien pagado, y que lisonjeaba su orgullo.

A pesar del dolor y del sobresalto, que la conducta criminal de Antoñuelo y sus consecuencias le causaban, Juanita se juzgó venturosa, y sin duda lo era.

Sólo faltaba ya, y urgía y no daba un instante de espera, el desengañar á D. Paco, el persuadirle de que ella era inocente y el convencerle de que ella le amaba.

Ya D. Pascual en su largo coloquio con D. Paco, había hecho esfuerzos para convencerle de la inocencia de Juanita. D. Pascual le aseguró que él conocía muy bien el noble y leal carácter de ella y cuán virtuosa y honrada había sido siempre en medio de la completa libertad en que había vivido, sin que su madre la vigilase y la tuviese siempre á su lado. Su madre había tenido que ir á las casas á donde la llamaban á trabajar, dejando á Juanita, ó con una criada ó completamente sola cuando ni criada tenía. Juanita, además, sin que nadie la acompañase ni mirase por ella, había pasado de la niñez á la mocedad en medio de las calles y en trato y conversación con toda clase de personas. Nadie, sin embargo, se le había atrevido, porque ella sabía hacerse respetar, y ni las personas más maldicientes habían formulado nunca contra ella una acusación fundada que pudiera en lo más mínimo deslustrar su decoro.

Lo que D. Paco había visto, lo que había causado su enojo y su desesperación, no era, por consiguiente, culpa de Juanita, sino inmotivado atrevimiento de D. Andrés, quien si algo logró



por sorpresa, fué rechazado violentamente en seguida.

D. Paco sostenía además que Juanita no había provocado la audaz acometida de D. Andrés, á la que daba por única causa el engreimiento del cacique y su convicción de que todo había de rendirse á su voluntad y ser propicio á su deseo.

No bien se enteró Juanita de todo esto oyendo hablar al maestro de escuela, procuró que terminase la visita y que éste se fuese.

Cuando se vió sola, sin hablar á su madre para no perder tiempo, tomó el pañolón, se le echó de cualquier modo en la cabeza y se fué á casa de D. Paco escapada.



## XXXIV

**L**EGÓ Juanita á la casa, llamó á la puerta y salió á abrirle la mujer del alguacil. Juanita le dijo:

—¿Está D. Paco en casa? ¿Está levantado y solo? Necesito verle y hablarle sin tardanza.

—Solo y levantado está en la sala de arriba— dijo la mujer del alguacil.

Sin aguardar más contestación ni más permiso, Juanita apartó á un lado á su interlocutora, echó á correr, subió las escaleras, dejó el mantón en un banco de la antesalita y entró destocada en la sala donde estaba D. Paco.

La sorpresa y el júbilo de éste fueron indescriptibles, por más que estuviese receloso aún de que en los atrevimientos de D. Andrés la coquetería de Juanita había entrado por algo.

Agradecido á la visita no esperada, D. Paco se mostró muy fino, pero disimuló su alegría y procuró poner el rostro lo más grave y severo que pudo.



—No estés enfurruñado conmigo—dijo Juanita tuteándole por primera vez.—Yo estaba celosa de doña Agustina y enojada contra tí con tan poca razón como tú estás ahora enojado; yo quería darte picón. Soy leal. Confieso mi culpa y me arrepiento de ella. Es cierto; provoqué á D. Andrés sin reflexionar lo que hacía. Perdónamelo. Me besó por sorpresa, pero le rechacé con furia. Te lo juro, créeme; te lo juro por la salvación de mi alma: no le rechacé porque tú entraste, y más duramente le hubiera rechazado yo si tú no entras. Vengo á decírtelo para que me perdones, porque te amo. Quiero que lo sepas; estoy arrepentida de haberte despedido, y me muero por tí y no puedo vivir sin tí.

¿Qué había de hacer D. Paco sino ufanarse, enternecerse, derretirse y perdonarlo todo al oír tan dulces y apasionadas frases en tan linda y fresca boca? No sabía, sin embargo, qué decir ni qué hacer, y como generalmente ocurre en tales ocasiones, dijo no pocas tonterías.

—Apenas puedo creer—dijo,—que no repares ya en mi vejez, que no pienses en que puedo ser tu abuelo y que me quieras como aseguras. ¿Pretendes acaso burlarte de mí y trastornarme el juicio? ¿Te propones halagarme con la esperanza de una felicidad que no me atrevía ya á concebir ni en sueños, para matarme luego desvaneciéndola?

—No, vida mía: yo no quiero desvanecer tu esperanza, sino realizarla. Yo quiero darte la felicidad, si juzgas felicidad el que yo sea tuya. Si

no me desprecias, si me perdonas, si no me crees indigna, nos casaremos, aunque rabie doña Inés de que yo no sea monja, aunque D. Andrés te retire su favor, aunque se nos haga imposible la permanencia en este pueblo, y aunque tengamos que irnos por ahí, acaso á vivir miserablemente. No lo dudes; si fuese posible que D. Andrés se prendase de mí hasta el extremo de querer casarse conmigo, yo le despreciaría por amor tuyo aunque fueses tú mil veces más pobre de lo que eres: yo le cantaré la copla que dice:

«Más vale un jaleo probe  
y unos pimientos asaos,  
que no tener un usía  
esaborío á su lao.»

D. Paco, al oír esto, apenas pudo ya contener y ocultar su emoción.

Un estremecimiento delicioso agitó sus venas como si por ellas corriesen luz y fuego en vez de sangre. Estuvo á punto de echarse á los pies de Juanita y besárselos, pero aún se reportó y dijo:

—Quiero creer, creo en tu sinceridad de este momento. Mi modestia, con todo, me induce á temer que tal vez te alucinas, que tal vez tú misma te engañas, que tal vez te arrepientas del paso que das ahora. Eres tan hermosa que puedes ambicionar cuanto se te antoje. Y D. Andrés no es un usía desaborido como el de la copla; es una persona inteligente, estimada y respetada por todos; mejor y mucho más joven que yo.



—Será todo lo que tú quieras, mas para mí tú eres el más inteligente, el más joven y el más guapo.

Todavía, escudado por su humildad, trató don Paco de ocultar que estaba ya satisfecho, que había depuesto su enojo y que sus recelos se habían disipado. Con menos seriedad, sonriendo y entre veras y burlas, dijo:

—Me fio de tí: conozco que hablas con el corazón. No, no piensas en engañarme; pero sin duda tú misma te engañas.

Y para poner más á prueba la vehemencia y la firmeza del amor de Juanita, añadió luego:

—Es inverosímil que tú, si D. Andrés, como parece evidente, está enamorado de mí, le desdeses y me prefieras y me ames ahora, cuando antes, que no tenías á D. Andrés, era á mí á quien despreciabas. Pues qué, ¿ignoras que yo soy un pobre diablo, dependiente de él, y que él es poderoso, rico, respetado y temido aquí, estimado y favorecido por el Gobierno, y caballero Gran Cruz, con excelencia y todo?

—¿Y qué me importa á mí su excelencia? A mí y no á él debió el Gobierno dar la Gran Cruz, ya que todo lo bueno que se hace en este lugar eres tú quien lo hace.

Calló un momento y prosiguió con dulce risa como quien de súbito tiene una idea que le agrada.

—Esta injusticia quiero remediarla yo; pero necesito antes que tú me proclames y me jures por tu reina. Sé mi súbdito fiel. Sométete. Jú-

rame por tu reina y tu reina te premiará. Júrame.

D. Paco se sometió sin más resistencia. Se hincó de rodillas á los pies de ella y exclamó entusiasmado:

—¡Te juro!

Juanita, impulsada irresistiblemente por la idea rara que había concebido, apartó con gran rapidez el pañolillo que llevaba al pecho, prendido con alfileres, sacó sus tijeras del bolsillo del delantal y se desabrochó dos ó tres corchetes del vestido.

D. Paco, siempre de hinojos, la contemplaba embelesado y curioso. Ella introdujo los dedos por bajo del vestido y desató un listoncillo de seda azul que le ceñía al pecho la limpia camisa. Tiró de él y le sacó de la jareta, calada y bordada, trabajo primoroso de su diestra mano. Cortó, por último, con las tijeras un buen pedazo del listoncillo y se le puso á D. Paco en el ojal del chaquetón, afirmándole con una lazada.

—Yo te concedo, en atención á tus altos méritos y servicios—dijo con solemnidad—esta bonita condecoración, que vale mil veces más que la que tiene D. Andrés, y te declaro mi caballero y Gran Cruz de la orden de los celos disipados. Por eso es azul el listoncillo como las flores del romero.

D. Paco se levantó, sin pizca ya de celos, porque todo se convirtió en amor, y dijo:

—Tú me citaste una copla: no quiero ser menos; voy á citar otra, aunque tenga que llamarte



en ella, no por tu nombre, sino como se llama la madre de tu santo.

Las flores del romero  
niña Isabel,  
hoy son flores azules  
mañana serán miel.

Y si han de ser miel mañana, ¿no es mejor que lo sean en este mismo instante?

D. Paco se acercó á Juanita para besarla.

Ella le separó con suavidad y se esquivó, poniéndose muy seria y exclamando:

—Déjame. No te llegues á mí. Respétame como á tu reina y como mi caballero que eres. Las flores del romero serán miel en su día; ahora no. Ve mañana á mi casa, á las diez y media de la noche. Allí hablaremos con mi madre. Adios.

Juanita se dirigió para salir hacia la puerta de la sala. Ya en la puerta, volvió la cara, miró á D. Paco, se dió á escape más de treinta besos en la palma de la mano, sopló en ellos y se los envió á su amigo por el aire.

—De cerca y sin alas los quiero yo.

—Ya les cortaremos las alas. En cuantito no sea pecado mortal los tendrás de cerca hasta que te hartes; y dicho esto, recogió el mantón en la antesalita, bajó brincando por la escalera y se puso en la calle.



## XXXV

**E**N medio de su alegría por haberse reconciliado con D. Paco, por estar segura de su amor y resuelta á casarse con él aunque doña Inés y el cacique se opusiesen y tuvieran ella, su novio y su madre que ser víctimas de la cólera de tan poderosos señores, Juanita sentía profunda pena por la suerte de Antoñuelo. Su delito le daba horror y no quería volver á verle ni hablarle en la vida, pero le amaba aún con cariño de hermana y presentía que ella acibararía con algo como remordimiento las mayores venturas que pudiera alcanzar si no evitaba que Antoñuelo fuese procesado, deshonrado públicamente y condenado á presidio. Con egoísmo amoroso, sólo del amor mútuo que D. Paco y ella se tenían había ella hablado con D. Paco. Ya en la calle y separada de él, Juanita volvió á pensar en Antoñuelo y á cavilar en un medio de salvarle



sin que nadie le diese auxilio y siendo ella su única salvadora.

Con este propósito se presentó en casa del tendero murciano, que la recibió estando con su mujer doña Encarnación solos en la trastienda.

No lloró Juanita, porque tenía muy hondas las lágrimas y rara vez lloraba, pero con acento conmovedor y apasionado les rogó que se callasen sobre lo ocurrido, prometiéndoles que en el término de seis meses ella les daría los ocho mil reales que el forastero se había llevado. Contaba para esto con la voluntad de su madre, de la cual estaba cierta de disponer como de su propia voluntad. Su madre tenía dado á premio dinero bastante para salir de aquel compromiso, y en el término marcado de los seis meses podía cobrar dicho dinero. Su madre además era propietaria de la casa en que vivían, y si bien la casa estaba fuertemente gravada con un censo, todavía podría producir, vendiéndola, muy cerca de los mencionados ocho mil reales.

Doña Encarnación habló antes que su marido, y dijo al oír aquellas proposiciones:

—Tú estás loca, hija mía, y yo supongo que ni tu locura será contagiosa ni se la pegarás á tu madre. Imperdonable estupidez sería que ambas os arruináseis por salvar á un pillastre. Anda, déjale que vaya á presidio. Aquel es su término natural é inevitable. Si ahora le salváseis, en seguida volvería á hacer de las suyas y á dar nuevo motivo para que le apretasen el pescuezo.

Vuestro sacrificio no sólo sería inútil, sino también perjudicial.

—Los consejos de usted—contestó Juanita,—y perdone usted que se lo diga, son aquí los inútiles. Contra mi firme resolución no hay consejo que valga. No son consejos sino dinero ó crédito lo que yo necesito. Si tuviera yo en mi arca los ocho mil reales, los hubiera traído y se los hubiera dado á ustedes en cambio de un papel, firmado por ustedes, donde declarasen que Antoñuelo nada les debía y que no tenían contra él la menor queja. No tengo el dinero, pero estoy segura de poder reunirlo antes de seis meses. ¿Quiéren ustedes firmar el documento de que he hablado desistiendo de toda queja contra Antoñuelo y recibir en cambio otro documento en que yo me comprometa á pagar los ocho mil reales? Este es el asunto, y no hay para qué andarse por las ramas. Conteste usted, D. Ramón, y diga que sí ó que no.

—Pues mira, Juanita—contestó el interpelado:—yo digo que no, porque no quiero ser cómplice de tu locura y porque un pagaré firmado por tí, que eres menor de edad, no vale un pitche.

—El pagaré, aunque apenas tengo aún veinte años, valdría tanto como si yo tuviese treinta. Nunca he faltado á mi palabra hablada: menos faltaré á mi palabra escrita. Para cumplir el compromiso que contrajese, me vendería yo si no tuviese dinero.

A D. Ramón se le encandilaron algo los ojos,



á pesar de que doña Encarnación estaba presente, y dejó escapar estas palabras:

—Si tú te vendieses, aunque en el lugar son casi todos pobres, yo no dudo de que tendrías los ocho mil reales; pero yo no quiero que tú te vendas.

—Ni yo tampoco—replicó la muchacha.—Lo dije por decir. Fué una ponderación. Los bienes de mi madre son míos: ella me quiere con toda su alma y hará por mí los mayores sacrificios. No dude usted, pues, de que dentro de seis meses tendrá los ocho mil reales que ahora me preste, sin necesidad de que yo me venda para pagárselos.

Doña Encarnación la interrumpió entonces diciendo:

—Juanita, nosotros tenemos tan buena opinión de tí, que estamos seguros de la sinceridad y de la firmeza con que prometes pagar; pero si dentro de seis meses no allegas los dineros ó porque tu madre, queriéndote mucho, no quiere darlos, ó porque no os pagan vuestros deudores y no lográis vender la casa, tu sinceridad y tu firmeza nada valdrán pecuniariamente, aunque moralmente valgan mucho. Tu misma moralidad para este asunto de los dineros, en vez de ser una garantía es un indicio claro del peligro que corremos, si te los prestamos, de no volverlos á ver nunca.

—Sí, hija mía—interpuso D. Ramón;—si en este caso me hipotecases tu inmoralidad, en vez de hipotecarme tu moralidad, estaría yo más se-

guro de cobrar el dinero. Sería una prenda preciosa que daría ricos productos, por mal que se administrase.

Juanita advirtió que el tendero murciano trataba de tomarle el pelo, valiéndonos de una expresión que ahora se emplea en estilo chusco; y como era poco sufrida, empezó á perder la paciencia y dijo bajando la voz, pero aguzando cada una de sus palabras como si fuese una lanceta:

—Ea, déjese usted de bromas insolentes, tío marrano. Piense usted bien en mi proposición y verá que le tiene cuenta. Si acude á la justicia quizás tendrá el gusto de ver en presidio á Antoñuelo, pero de fijo que no verá nunca los ocho mil reales. En cambio, si los da ahora por recibidos y acepta el pagaré que yo le firme, dentro de medio año ó antes, y esto es tan claro como el sol que nos alumbra, recuperará sus ocho mil reales y además los intereses que me ponga por ellos, porque yo no quiero que me los adelante por mi linda cara.

—Aunque me insultes llamándome tío marrano, me permitirás que al menos por tu linda cara te perdone el insulto. También me mueve tu linda cara, y no las mezquinas reflexiones que has hecho por mí, á prestarte los ocho mil reales si me prometes que tu madre ha de conformarse con el contrato. De todos modos, ya comprenderás tú, porque tienes sobrado talento, aunque eres inexperta, que yo corro mucho peligro al hacer el préstamo; que el daño emer-



gente no es flojo, y que, por lo tanto, tampoco pueden ser flojos los intereses. No obstante, yo aspiro á que, en vez de llamarme marrano, me llames generoso y espléndido. Asómbrate...

Doña Encarnación, que hasta entonces había reprimido su cólera, sufriendo el insulto hecho al enclenque de su marido, por temor de andar á la greña con Juanita y aun de quedar vencida y aporreada, no pudo ya contenerse al ver y al oír á su marido tan melifluo y tan predispuesto á ser dadioso, y le interrumpió exclamando:

—No te derritas, hombre; no te vuelvas una jalea; no me obligues á que sea yo quien te llame tío marrano. Atiende á lo que haces, y ya que te expones tanto prestando los dineros, que sea con algún fruto.

—Yo nó me derrito, yo atiendo á lo que hago—contestó D. Ramón;—pero en vez de responder á las injurias con otras injurias, quiero ser magnánimo y responder con favores y beneficios. Juanita; yo doy por recibidos los ocho mil reales que me robaron con tal que tú me firmes un pagaré, que vencerá dentro de seis meses, por la expresada cantidad, más un pequeño tanto por ciento.

—Mil gracias, Sr. D. Ramón—dijo Juanita.—Escriba usted los dos documentos. Yo me llevaré, firmado por usted, el que me asegure que Antoñuelo quedará libre, y firmaré y dejaré en poder de usted el que declare que le soy deudora.

—Está bien. No hay más que hablar—dijo don Ramón.

Y yendo á su escritorio, redactó los dos documentos en un periquete. En el pagaré se comprometía Juanita á pagar, en el término de seis meses, la cantidad de diez mil reales.

—Ya ves mi moderación—dijo el tendero murciano al presentar á la muchacha el documento para que le firmase.—Me limito á cobrar-te sólo un 25 por 100, á pesar del peligro que corro de quedarme sin mi dinero, porque á despecho de todos tus buenos propósitos no tengas un ochavo dentro de los seis meses y tengamos que renovar el pagaré, lo cual me traería grandísimos perjuicios.

—Ya lo creo—dijo doña Encarnación;—como que ahora andamos engolfados en negocios tan productivos, que ganamos un ciento por ciento al año. Créeme Juanita; prestándote los ocho mil reales nos exponemos á quedarnos sin ellos y además á perder otros veinticinco por ciento, ó sea otros dos mil reales, que hubiéramos ganado dando á los ocho mil más lucrativo empleo; pero en fin, ¿qué se ha de hacer? Mi señor esposo pierde la chabeta cuando ve un palmito como el tuyo.

—Sea como sea—dijo Juanita,—yo agradezco á ustedes mucho el favor que me hacen.

Y guardándose en la faltriquera el otro documento después de haberle leído y estimado que estaba bien, se despidió de los mercaderes y se fué á su casa.

